



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

ESCRITORES NOTABLES

MELCHOR DE PALAU



Poeta que hace sentir,
y que escribe unos cantares
deliciosos..... ¡Con decir
que parecen populares!

SUMARIO

Torro. De todo un poco, por Luis Taboada.—La pena de muerte, por Juan Pérez Rúa.—Predicador en desierto, por José López Silva.—Está abierto el abono, por Eduardo de Palacios.—Los dos montes, por Luis de Ansoaena.—¡Ay, Amelia! por Simón Delgado.—Cuestión de contratos, por Rafael Ramírez Rueda.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Molinar de Palau.—Bajo cero.—Los forasteros, por Cilla.



Por el correo interior ha llegado á mis manos la carta que á la letra copio:

«Sr. Taboada: Procure usted sacar á la vergüenza á los señoritos que entran en los teatros con el sombrero puesto, cuando ya ha empezado la función, y meten ruido y molestan á la gente bien educada que está oyendo la obra con la atención y el respeto que el arte y la cultura exigen.

Anticipa á usted las gracias.—Una señorita.»

¡Ah, señorita! El mal viene de muy lejos. Cuando yo era niño (¡parece que fué ayer!) ya había un señor en mi pueblo que penetraba en el salón con el sombrero encasquetado, metiendo bulla y molestando á los espectadores de buena fe que habíamos pagado nuestras localidades. Ya entonces se quejaba la gente de aquella falta de consideración, y hubo quien, dirigiéndose al caballero, causa del enojo público, le dijo de mala manera:

—Oiga usted, D. Bonifacio ó se porta usted cual corresponde á una persona de educación, ó entre todos le echaremos del teatro, después de darle una paliza.

¿Y sabe usted, señorita, lo que nos contestó aquel salvaje?

—Yo pago mi billete y puedo entrar como me da la gana. ¡Pues, hombre! Al teatro vengo á matar un par de horas, no á ver la función, que maldito lo que me interesa. El que ocupa su localidad desde el principio para no perder sílaba y aplaudir y conmovirse, es un cursi, un ignorante, un... cualquier cosa.

Al tal D. Bonifacio le pegaron cinco ó seis trompadas aquella noche, y una señora que había sido dama en una compañía de la legua, y se había quedado allí á consecuencia de su boda con un hojalatero, lo cual le clavó las uñas en la cara, porque lo que más la ofendía era que mancillasen el arte dramático en su presencia.

Pero no pudo corregirse el mal, y hoy lo mismo patean los señoritos de allí que los de aquí, porque se ha puesto de moda eso de entrar en el salón produciendo bulla y con el sombrero metido hasta los ojos.

Hay quien espera en el vestíbulo que se corra la cortina para hacer su aparición solemne en el salón, porque supone que van á decir todas las chicas guapas del coliseo, clavando en él aquellos sus ojos misericordiosos:

—¡Qué divino es ese hombre! ¡Qué preciosa sortija lleva en el dedo pequeño! ¡Qué graciosísimo lunar aquel que luce en la mejilla izquierda! ¡Cuál será el nombre de esa criatura arrobadora y sublime? Tiene cara de llamarse Arturo ó Eleuterio.

Esta dulce creencia hace que la juventud olvide los más rudimentarios deberes de educación y moleste con tacones sonoros á los que van á oír la obra. El que estrena un buen gabán quiere lucirlo, y no se lo quita hasta que ha llegado á su butaca, causando la admiración del público.

¡Ay, señorita! ¡Usted no sabe cuán vanidosos son algunos hombres! Tengo yo un amigo que se riza los pelillos de la nariz y se agranda los ojos con difumina. La otra noche le sorprendí untándose las mejillas con belladona, para parecer moreno; y usa corsé-faja y se envuelve los pies en una funda de cabritilla, para ver si evita la pro-

tuberancia de un juanete tamaño como una berengena.

Usted habrá amado, señorita, y en la casta intimidad de unos amores puramente contemplativos (porque usted debe ser pura como un ángel), habrá llegado á notar que el hombre es como un caballo de lujo, aunque la comparación resulte ofensiva para el ramo de personas.

Si; el hombre, por regla general, desea lucir su figura, y el que menos guapo parece, es un vanidoso tremendo, que regaña con el sastre sobre la hechura de una levita y llega hasta faltar al barbero porque le ha dejado corto el flequillo de la frente.

Quítele usted al hombre la dicha de una exhibición pública, y habrá usted deshojado la flor de sus ilusiones.

Por eso no le dejan á usted oír con tranquilidad las comedias esos señoritos á que se refiere en su carta; por eso no habrá paz en la tierra mientras existan los tacones.

Y los tacones se han inventado para eso precisamente: para llamar la atención del público y atraer sus miradas.

Yo recibo muchas cartas que se relacionan con este malhadado oficio de revistero semanal; pero ninguna tan digna de consideración como la de usted, ¡oh apreciable y discreta señorita!

Quisiera, por lo mismo, influir en el ánimo de la juventud agraciada para que desapareciese la costumbre que usted vitupera; mas no tengo esperanza en mis esfuerzos.

¿Sabe usted cuándo podría evitarse el afán de las exhibiciones personales? El día que se destruyese la belleza física del hombre, embadurnándole el rostro con betún mate, por orden gubernativa.

Pero no querrá usted ver á su Pepito, ó su Antolín, ó su como se llame, convertido en negro interino. Será usted la primera en admirar las dotes de belleza de su novio, y más de una vez, á solas con su recuerdo, habrá usted dicho amorosamente:

—El día que á mi Fulanito le saliese un grano en la nariz, ó perdiese las patillas, ó se le llenara de grietas el cutis, dejaría de amarle.

¿A que sí? ¿A que ante la sola idea de que podrían secársele las sortijillas que festonean su frente, concibe usted la desesperación y piensa usted en el suicidio?

En la manera de escribir y en la colección de comas largas y retorcidas que figuran en su carta, descubro un temperamento apasionado y una poderosa intuición estética.

No se sometería usted, pues, voluntariamente al betún que pretendo aplicar á los rostros masculinos.

¿Verdad, señorita?

Pues bien: como aquél es el único medio que puede influir en la desaparición del abuso por usted denunciado, tendrá que resignarse con su triste suerte y seguirá usted siendo víctima de esos caballeros que llegan tarde al teatro, y antes de entrar en la sala preguntan al acomodador con aire displicente:

—¿En qué acto están?

Después se lanzan por el callejón de las butacas con el sombrero puesto, y antes de sentarse pasean la mirada por el recinto, se descubren de mala gana, tosen, estiran las piernas, y dicen interiormente:

—He dado golpe; y eso que esta corbata no es de las que más me favorecen. Mañana me pongo la azul....

Adiós, señorita; no quiero molestar á usted con otras ideas que me sugiere su carta, y hago aquí punto, besándola los pies, á falta de mejor empleo para mis intenciones.

LUIS TABOADA

LA PENÁ DE MUERTE

(Parodia de la poesía de SIMÓN DELGADO, publicada con este mismo título en el número anterior.)

I

A cumplir de sus años los recuerdos,
murmurando en su idioma, y custodiados
por un rudo tratante de ganados,
van por la carretera veinte cerdos.

Se ha prohibido gruñir, y las peñadas obligan, con ayuda del garrote, á aquellas criaturas desgraciadas á caminar al trote.

¿Adónde diablos marchan todos juntos? Al amplio matadero de la villa, á sentir en el cuerpo la cuchilla y á escuchar, cual oficio de difuntos, el bárbaro clamor del vecindario, que pide en plazas, calles y callejas no se le prive del manjar diario de rabo y lomo, de jamón y orejas.

¡Brava hazaña, por Dios! ¡Cuán inhumanos son los que mandan, de tocino ansiosos, que maten á traición tantos marranos, poniendo por razón que son sabrosos!

II

¿Y qué hicieron los veinte? En una aldea adquirieron su espléndida gordura en alegres festines de basura, siguiendo su costumbre sucia y fea.

Y un día en que era escaso el alimento, dejaron sin narices á un muchacho que estaba en su corral, asaz contento, comiéndose una fuente de gazpacho.

¿Y qué ratos pasaron tan felices cuando el chico buscaba sus narices! Pero el terrible acero del municipio lo que coge pincha, y hoy se *espares* la villa, ¡el mundo entero! para invertir en grasa su dinero.

¿Y aquel que no le tiene, aquel se cáincha!

La prensa inútilmente anuncia á mucha gente que hay chorizos baratos á la venta, si esa gente no tiene ni una mota con que pegar la cuenta, mientras el que algo tiene se alborota si un jamón de Avilés se le presental

En vano, dando á su barriga lustre (1) con chuletas de cerdo colosales, impugnan éstos crímenes brutales algunos que figuran en la ilustre Sociedad protectora de animales.

¡La humanidad es implacable y fuerte! No tuvo compasión. ¡Pena de muerte!

III

Eso no puede ser. El pueblo avanza en busca del progreso. ¡Conque abajo el sangriento festín de la matanza! Tratemos al lechón con más templanza, y quizá lo agradezca, aunque es marrajo.

Los veinte que hoy se quedarán sin vida son padres de familia, aunque de cerda, y por más que no importa al guarricida que un cerdo chiquitín sus padres pierda, ¡sólo Dios es el dueño de la muerte! Conque... en lo sucesivo, quien quiera cerdo, que lo coma vivo y haga la digestión con buena suerte!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

PREDICAR EN DESIERTO.....

—Pero, mujer, si comprendes que ese hombre es un sinvergüenza, ¿por qué no te *desapartas* de una vez? ¿O es que tú esperas á que cambie?

—Sí, señora.

—¡Pues entonces, estás frescal Yo conozco á Bruno, y sé que el mejor día te suelta dos *patás* en el estómago, á en otro sitio cualquiera, y te lisa. No lo tomes á broma, porque es muy bestia.

—¿Y qué me importa, si yo le quiero?

—Mas que le quieras, no debes vivir con él ni dos días *tanquiera*, porque el hombre que permite que una mujer le mantenga con el sudor de su cuerpo, no puede hacer cosa buena.

—Según y conforme.

—Mira:

tú has perdido la chabeta por él, y va á sucederte lo mismo que á la *almejera* con Melitón, es decir, que, siguiendo así, te quedas en pelota.

—Pero, madre, mediando ya lo que media, ¿cómo le voy á dejar?

—¿Cómo? De cualquier manera. ¿Tienes algún compromiso *firmas pa* que Bruno pueda obligarte á hacer la burra? ¿No le tienes? Pues ¡so bestial *chafa* con él, y que busque, si quiere, otra primavera *pa* que le llené la *ondorja*, igual que tú se la llenas hace un año.

—Bueno, madre, no me de usted la jaqueca, haga usted el favor.

—Mujer, sen *cárculo tanquiera*.

Vamos, ¿es justo que tú trabajes como una perra, mal *comparao*, *pa* sacar tres miserables pesetas, y que él se las gaste en vino á en otras cosas más feas, es un *supongamos*? Di, ¿no te da mala vergüenza ver cómo vas, porque nunca puedes comprarte una prenda, mientras tanto que él se luce con la cazadora nueva, y gasta y triunfa lo mismo que un duque? Mira, *Grabiela*, á ti lo que te hace falta es un sujeto que pueda pagarte la *mantención* y tenerte con decencia, *máximo más*, cuando sabes que esto no impide que quieras á quien á tí te se antoje, con tal de tener prudencia.

—¿Sabe usted lo que le digo? Que ya tengo la cabeza igual que un bombo, de tanto como usted me sermonea, y que no me da la gana de aguantar que nadie venga armándome *toos* los días *brancas* y *marimorenas*. Métase usted en sus asuntos, que es lo que le tiene cuenta, y deje usted á los demás que hagan lo que les parezca que deben hacer.

—La culpa la tiene quien se interesa por animales, sin pizca de educación ni vergüenza. ¡Así te reviente!

—Bueno. ¿Y á usted qué si me revienta?

J. LÓPEZ SILVA

ESTÁ ABIERTO EL ABONO

Ha empezado la temporada parlamentaria.

Y como me decía ayer un forastero, buenísima persona, aunque de suyo animal:

—Para las primeras representaciones no se encontrará un billete por un ojo de la cara.

Como que se pillá á deseo, después de tantos meses de abstinencia de oradores.

Porque es cierto que varios jefes de partido han hablado alguna cosita.

Pero ha sido por ahí, fuera de Madrid, ex-tribuna, á *hors de ligne* á *hors d'œuvre*.

Vamos, sin el aparato que exige el argumento.

¿Y que no aumenta la afición á los «debates parlamentarios» de día en día!

Hay quien no puede pasarse sin un ratito de tribuna, aunque sea pública. Es efecto de la costumbre.

Como el que toma rapé ó el que se deshollina la nariz á dedo.

Costumbres son, más ó menos tolerables.

Las costumbres se modifican, varían en los pueblos con relación á las épocas.

Las carreras de caballos eran una novedad en España.

Corrían los caballos, pero por afición, no facultativamente.

—Ahora puede decirse que hay *sport* en nuestro país y *turf* y *handicap* y *groomer*, y todo de chipén,—según un *sportman* cañí, tratante en caballerías no ligeras.

El velocípedo era desconocido en España.

Pues ya hay carreras de bicicletas y «homiciclos» y demás, y ciclones, que tampoco los usaban, por lo menos con este nombre, nuestros ignorantes antecesores.

He visto ya algún ensayo de carretilla con velocípedo.

Es aplicación que revela un adelanto superior al de las carretillas con tapa, de invención municipal moderna.

Todos los descubrimientos de este género tienden á mejorar la situación del hombre.

Hasta ahora habíamos visto á algunos sujetos tirando de carrillos, en clase de hombres.... de tiro.

Generalizado el sistema nuevo, tendrá que tirar el hombre del velocípedo y del carrillo.

Desarrollada la afición parlamentaria por «el roce de gentes» es difícil conseguir ni una entrada general, particularmente en sesiones extraordinarias.

Hasta señoras asisten cuando hay probabilidades de pelea ó cuando está anunciado el discurso de algún orador de cartel.

En la puerta correspondiente á la entrada del público se agolpan los aficionados, dos horas antes de la apertura de la sesión.

—Tenga usted la bondad de no pasarse delante—advierte un caballero de copa alta, que parece que lleva el morrión de sus mayores.

—Ya le he dicho á usted que no me paro adonde no debo—replica el otro;—lo que usted tiene es mucha gana de tropezar, y conmigo el que tropieza se cae. Y que no se le olvide á usted el encarguito, ¿eh?

—¿Qué encarguito?—pregunta el del morrión, con extrañeza.

—Nada, hombre, es un decir; que tan ciudadano soy yo como usted y como cualquiera, y el mismo derecho tengo yo, digo, me parece, que usted y que cualquiera para venir á este sitio.

—¿Y qué haces tú aquí?—le pregunta un amigo transeunte.

(1) Por *decaró*, se entiende.

BAJO CERO



—Doctor, ¿qué me receta usted para este catarro?
 —Hombre, propósito: tome usted unos globulitos de pulsatilla, y si por casualidad le sientan bien, dígamelo usted inmediatamente.
 —Bueno.
 —Porque estoy yo tosiendo hace dos semanas.



—¿Sabes por qué no entran nunca en calor los ricos?
 ¡Porque no se van a cortar leña al monte toas las mañanas.
 ¡Ya ves tú si es fácil!



—Pua miste, yo casi no siento el frío por las mañanas.
 —¿Cómo?
 —Porque mi marido ha tomado la costumbre de pegar me un rato en cuanto se levanta.



—¿Que no te abro, ea!
 —Eso es despreciarme.
 —¿Y pa qué qués que abra?
 —¡Tó! ¡Pa calentarme!



—¡Mí! que tener que sacar las manos de los bolsillos!



—Pero mujer, ¿que es de tu marido?
 —No puede salir de casa; tiene un pasmo atroz.
 —¿Si? Pues que se junte conmigo.... que casi no puedo respirar.
 —¡Caramba! Eso será si yo lo consiento.



—Cisquero, la mañana está muy fría, si fuera mío el saco, lo quemaba.
 —Vengan las dos pesetas.
 —¡Tontería!
 ¡Pues si yo lo decía por el gusto de ver si calentaba!



—Me estoy quemando.
 —Con esa mirada ardiente.
 —Pues será por dentro, ¿eh? porque por fuera está usted pegando diente con diente.

—Pues, hombre, mira; que me vengo temprano y tomo puesto, y cuando viene algún aficionado caprichoso, pues, que le cedo el puesto, mediante el estúpido que convenimos.

—¡Yal!

—Pues de no, primo Iluminado, ¿qué tenía yo, de venir á estas cosas? ¿Crees tú que yo no sé lo que es todo esto? ¡Pues ya lo creo!

—Á mí me manda la esposa—dice otro señor «regularmente amueblado,» como se lee en la descripción lacónica de la decoración en algunas comedias.

—¡Hombre, la esposa!

—Sí, porque gusta de estas lides parlamentarias, y particularmente cuando se teme que hable «algún espada».

—¡Yal!

—Ella se viene, y yo voy á casa para encargarme del cuidado de los chiquillos y de tantas otras cosas como hay que hacer en las casas.

—¿En las casas como la de usted?

—No quiero privar á mi pobre mujer de ese gusto; porque en sacándola de eso, de su teatro, donde tiene abono á turno de diez y seis, complicada en un palco con otras quince familias, y si va á pasear un rato en los días buenos, y se pasa varios días en casa de una ó de otra amiga..... pues aparte de esto, no sale de casa.

—Lo creo.

—Ayer estuvieron deocupados salón y tribunas.

—Sí; ¿habría lectura ó discusión de presupuestos?

—¡Señores!—grita un caballero muy grave á quien estrujan contra la puerta.—Un poco de vergüenza, aunque sea poco.

—Pues yo me vengo aquí todas las tardes, y las noches, cuando hay función—confiesa un individuo de inseguridad pública; es decir, libre de compromisos con patronas y caseros y fondistas.—Porque, va usted á un café para resguardarse del frío, y el camarero no cesa de aproximarse á la mesa, y, so pretexto de pasar el paño sobre el tablero, por limpieza, pregunta de pasada:

—¿Qué va á ser, caballero?

Y es doloroso para un hombre de bien, aunque sin posición social, verse obligado á responder:

—Nada, por ahora.

«Por ahora,» que para un cesante ó para cualquier otro hombre «sin recursos,» significa:

—Por este año, y quizás por el que viene.

¡Qué espectáculo tan grandioso el del salón de sesiones en un lleno!

¡Y aquellas tribunas con tantas mujeres!

Algunas entretienen el rato comiendo caramelos y tirando bolitas de papel á los diputados colindantes.

Otras llevan pastas y emparedados.

Según la importancia de la sesión.

Entre ellas las hay interesadas, ó de la familia de algunos oradores.

La esposa de uno, la amada de otro, la hermana, etc.

No se puede hablar mal á su lado de tal ó cual orador sin exponerse á un disgusto.

Como en los teatros de sociedad.

Dice un convidado:

—¡Qué bruto es el primer actor!—por ejemplo; y la señora ó el caballero que está en la butaca del lado replica:

—El bruto y el grosero es usted.

Ó se encuentra el que murmuró al galán con un puñetazo inesperado.

Me explico que el hombre, desde sus verdes años, se dedique á ser orador de punta.

¡Será tan satisfactorio hablar de corrido!

EDUARDO DE PALACIO

LOS DOS MONTES

I

—Bueno—dijo la maga,—
pues que la idea del placer te halaga,
no tengo, pobre loco, inconveniente
en dar punto de calma á tu querella....
Al final de esa rápida pendiente
está la dicha.... Conque ¡andando á ella!
—Difícil es el desigual camino,—
le respondió el mancebo;—
mas al poder de mi ambición me inclino....
¡Mi sueño es tan hermoso,
que por hacerle realidad me atrevo
á cruzar ese paso peligroso!
¿Que es fácil resbalar? Razón te sobra;
mas, te juro por Dios, que en esta obra

me siento con la fuerza de un coloso....

Si al llegar á la cumbre
hallo la recompensa de mi empeño,
¿qué importa lo demás?... ¿Dices que es sueño?...
¡Pues yo tengo los sueños por costumbre!...
En mi esperanza mi ilusión estriba;
ya no soy casi de mi juicio dueño....
¡Conque no hay que hablar más! ¡Vamos arriba!

II

Y en aquel punto mismo
empiezan la ascensión al alto monte,
que besa con su cumbre el horizonte
y que tiene á sus plantas el abismo.
Se enmarañan las zarzas y las breñas
en la fatal pendiente,
y al paso impetuoso del torrente
tiemblan con honda conmoción las peñas.
Los negros grajos asustados chillan
y pasan junto al mozo velozmente,
y al notar cuál les brillan
los ojos, cerca de su torva frente,
conoce aquél que su vigor se mengua;
el riesgo que antes afrontó le espanta,
y se le pega al paladar la lengua,
y el pavor se le enrosca á la garganta....
Ensayando sarcástica sonrisa,
—¿Cedes?—dice la maga; y de su miedo
avergonzado:—¡Yo ceder! ¡No ceder!—
el mozo le responde, —¡Más deprisa!—
Y sube, sube, y á compás que sube
más crecen á su paso los abrojos,
y una rojiza, abrasadora nube
da horrible tinte á lo que ven sus ojos....
Todo en su torno gira
en raudos torbellinos,
y él, empeñado en avanzar, retira
las zarzas que le obstruyen el camino....
¡Imposible ambición! Con gran desmayo
al cielo negro y tormentoso mira;
después, sus ojos con espanto tierra,
y cae, por fin, en la revuelta tierra,
cual roble añoso al que divide el rayo.

III

Y al volver al sentido,
distingue el mozo enfrente
la suave pendiente
de otro monte, hasta entonces no advertido.
Llegan hasta él los mágicos olores
de frescas flores que su suelo esmaltan,
y el ruido de los pájaros, que saltan
con singular placer entre las flores....
Ve algunas gentes que, al subir riendo,
cantan himnos de amores....
y un triste gesto de cansancio haciendo,
exclama dirigiéndose á la bruja:
—Tú hiciste burla á mi fatal querella;
pues el placer á que mi afán me empuja
no está en esta montaña,.... ¡está en aquella!...
V.... ¡allí!.... ¡qué desvarío!
con voz tonante le responde ella....
—Si al subir este monte falta el brío,
no porque veas las pendientes suaves
pienses que te engañé, ... Pues tú no sabes
que, si aquí está la angustia,.... ¡allí hay hastío!

LUIS DE ANSORENA

¡AY, AMELIA!

Con un lujo estrepitoso
y ese mirar descocado
que forma el sello afrentoso
de las reinas del pecado,
dejando un rastro de aromas
que me han costado el dinero,
y sonriendo á las bromas
de tal ó cual majadero,
con esa altivez bravía
que tu condición te da,
pasaste ayer, vida mía,
por la calle de Alcalá.
Un sombrero muy bonito
con un ala exagerada
y el cadáver de un lorito
con la cabeza encarnada;
tu abrigo de terciopelo
negro, con feros graste,
y un *boa*, que llega al suelo,
de color de chocolate.

Falda de seda crujiente,
que, por si acaso llovía
te alzabas bonitamente
con mucha coquetería,
para enseñar, al descuido,
con aire provocador,
esas medias que han tejido
los diablillos del amor.
Además, sobre los guantes,
cadenas y brazaletes,
y un aluvión de brillantes
en botones y corchetes.
¡Vive Dios! que nadie iba
por la calle de Alcalá
más vistosa y llamativa
que el fruto de tu mamá.
Yo te vi.... *pasar ligera*,
como dice la canción,
recogiendo por la acera
palabras de admiración

y me asaltó en el instante un reflexión muy rara:
—Pues, señor, está elegante; pero me cuesta muy cara, pero muy cara! Y lo malo es que el lujo de esta moza yo sólo se lo regalo, y es el mundo quien lo goza.—
Ya sé yo que tú me quieres; sin embargo, he decidido

renunciar á mis deberes de amante favorecido....
En otro tiempo, ¡ahí verás! ardiente y enamorada, me gustabas mucho más sin adornos y.... sin nada.
Y hoy suspendo mis visitas, porque ya no me convienes por eso. Porque te quitas lo más bonito que tienes.

SINESIO DELGADO

CUESTIÓN DE CONTRATA

—¿El señor don Luis Gutiérrez?
—Servidor.
—Por muchos años.
Yo deseo....
—Usted dirá.
—Mi niña es....
—¿En qué quedamos?
¿Es ella, ó usted?
—¡Las dos!
¡Las dos, señor empresario!
—¿Y qué es lo que solicitan?
—Ya puede usted figurárselo. Mi niña es tiple.
—Me alegro.
—Gorjea como un canario. Da el sí con mucha frecuencia. Tiene al *Señor de Castaño* y al *Sargento Federico* de repertorio.
—(Me escamo.)
—Ataca las notas altas sin miedo.
—Me alegro tanto.
—Le hace á usted una *Mascotta* que enamora; y un *Boccaccio* que la gana de chuparse los dedos; y un *Reservado de señoras*, hasta allí; porque ha de saber que Amparo yo mismo se hace una pieza de verso que una de canto.
—(¡Qué pesadez!) No lo dudo.
—¡Ah! También, si es necesario bailar, bailarás.
—¡Señora!
—Si la viera usted bailando, ¡qué agilidad! ¡qué manera de dar piruetas y saltos! Su papá, que esté en la gloria, y en el arte coreográfico era una especialidad, se lo enseñó todo: el *tango*, el vals, la polka mazurka, la habanera, la....
—¿Canastos!

—¿Quiere usted hacerme el favor de dar ya por terminado su discurso?
—Señor mío, yo sé bien lo que me hablo, y usted debe conocer las cualidades de Amparo, puesto que ha de trabajar este invierno en su teatro.
—¿En mi teatro?
—Cabal.
Digo, si nos arreglamos.
—No puede ser.
—¿Cómo es eso?
—Ya están hechos los contratos, y es imposible.
—¡Demonio!
—Está ya completo el cuadro, y puede usted comprender....
—Yo nada; con agrandarlo.
—No puedo.
—¿Me niega usted ese favor?
—Yo....
—Pues vámonos; pero sepa usted, Gutiérrez, que mi niña vale tanto como la primera tiple de su *cuadrilla*, ¡so trasto!
—¡Señora!
—¡Valientes tíos son todos los empresarios! Sólo contratan aquellas de las que pueden, los bárbaros, sacar astrilla.
—¡Señora, que le doy á usted un trompazol! No me falte.
—Anda, mamá.
—Sí, hija mía, sí, nos vamos, porque si no.... ¡habráse visto él.... ¡adiós!
—¡Vaya usted al diablo!

RAFAEL RAMÍREZ RINSLER



CHISMES Y CUENTOS

Nuestro compañero en la prensa D. Sixto Pérez y Rojas nos escribe, para manifestarnos que no era suya la carta firmada por *Calamecha*, á que contestamos en la *Correspondencia particular*.

La circunstancia de firmar dicho señor con el mismo pseudónimo sus trabajos de *El Diario Español* hace necesaria esta advertencia para evitar confusiones.

Uno que al monte perdió la paciencia y el dinero, cuando del juego salió, este rótulo leyó en la puerta de un platero:
«Se limpia que es un primor cualquiera metal usado.»
Y en medio de su dolor exclamó el pobre:—Mejor se limpia donde yo he estado!

EDUARDO GURRUCHAGA

Leo y me estremezco:

«En el kilómetro 432 de la línea del Empalme de Sevilla ha sido encontrado el cadáver del teniente retirado D. B. P. B.»

«Se han fijado ustedes bien? El cadáver, se encontró el cadáver. Ahora sigan ustedes.»

«Una pareja de la Guardia civil dió cuenta del suceso al Juez del distrito del Salvador, conduciendo al herido á la casa de socorro, en donde falleció á los pocos momentos.»

Luego no era cadáver, ¿verdad? Adelante.

«Por disposición de dicho Juez, el cadáver fué trasladado al Hospital central.»

Ahora sí que era cadáver. ¡Claro! ¡Como que le ha matado usted dos veces!

✂

—Nada, que el sufragio, amigo,

es un beneficio inmenso.

—¿Sabe usted lo que le digo?

Pues le digo que yo pienso

como el otro. ¿Con el voto

le darán al pueblo pan?

—Y dígame usted, don Proto,

sin voto, ¿se lo darán?

—¿Ha oído usted el último discurso de Martos?

—Sí, señor.

—¿Y qué le ha parecido á usted?

—Comparado con el que pronunció Cánovas en el mismo Atenco....

—Pero usted oyó todo el discurso de Cánovas?

—¡Caramba! Todo no, pero hasta que me dormí me pareció excelente.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

K. Nastos.—No está mal versificada,

y.... es fuerte la condenada.

Sr. D. A. C. V.—Madrid.—Tiene un solo defecto. Y es que eso de empezar en serio, para acabar con una salida de pie de banco, pertenece al sistema antiguo.

Sr. D. J. G. R.—Eso ni es romance, ni bueno. Es gana de emborronar cuartillas. Conque.... desmaye usted en su escabrosa tarea.

Sr. D. A. G.—¿Y no podía usted hacer una cosita más corta?

Modesto Pamplonés.—Pues, señor, hoy se dan romances medianos.

Sr. D. R. V.—Guadalajara.—Y los romancillos.... ¡no digo nada! Por de contado, de ortografía.... buenos todos, gracias.

El chitilo.—¡Ay! se parece usted á mucha gente

en no versificar correctamente.

Sr. D. T. E.—Madrid.—En efecto, todavía no sabe usted escribir versos. Ni aprenderá usted en mucho tiempo.

P. k. do.—Escoja usted bien los asuntos. La forma no está mal del todo.

Sr. D. M. I.—San Sebastián.—No sea usted bobo, criatura; eso es una habanera cursi de hace cincuenta años.

Blas-Femo.—Sí; blasfeme usted todo lo que quiera, pero no se meta usted en endecasílabos. ¡Todo menos eso!

Sr. D. P. A. T.—Badejox.—Hombre, el asunto es gracioso. ¡Qué lástima que la forma esté tan descuidada!

Nifesa.—No; aún no ha mejorado usted.

Krik Krak.—También es lástima que la forma sea incorrecta, porque tiene gracia el asunto.

El Palma.—¡Nada, ni chispa de ingenio!

Cantarín.—Parece hecho á propósito. Las atrocidades ó las memeces no son chistes nunca, y si además los versos están medidos á ojo de buen cubero.... ¡ayúdeme usted á sentar!

Tiquis miquis.—Pero si no tiene usted idea de la versificación, ¿por qué se mete usted en gallos pintos?

Sr. D. R. B.—Madrid.—Flojita.

Sr. D. J. P. R.—Madrid.—En los cantables de zarzuela pasa todo, y en estos tiempos más. Sin embargo, ese no tiene condiciones, á mi juicio, porque no es musical, como dicen los maestros.

S.—¡Caramba! ¿Y qué quiere usted que le diga? Que cada uno tiene la opinión que quiere.

Chispín.—No vale cosa.

Don Chiflado.—No se puede juzgar, porque un trozo está regularmente y otro mal.... No parece sino que está usted chiflado de veras.

K. Lentito.—Tenga usted cuidado con los endecasílabos, porque son lo mismo que los bollos: á lo mejor salen duros.

Estilo.—¡Nada! ¡eso no es versificar! ¡eso no es nada!

Caligula.—*Catrinodar*.—*Petrilla*.—*Nuestrotrato*.—*Disiccor*.—*Maestrillo*.—*Varios lectores*.—Reconozco y agradezco de veras el interés que demuestran sus consejos, y como siempre, los aceptaría si en las circunstancias actuales me fuera posible. Pero el periódico, al inaugurar los «Viajes extraordinarios», tomó sobre sí un compromiso formal que, de no cumplirse, le desacreditaría á los ojos del público, que es su padre, como quien dice.

Ya al empezar, previendo estas contingencias, se avisó que alternaríamos con los musigotes ordinarios, para huir de la pesadez. Esto, tratándose de una historia larga, es difícil, porque, en efecto, cuesta trabajo llevar el hilo del asunto. Pero cortarles es imposible sin incurrir en informalidad manifiesta. Todas nuestras empresas, más ó menos descabelladas, se han llevado á cabo salvando los obstáculos, y ésta se concluirá también como debe acabar, sin apresuramiento de ninguna clase. Además, bueno es advertir que la tirada ha aumentado en 1.000 ejemplares.... Sirva esto de contestación á cuantas indicaciones se hagan en lo sucesivo, que si se harán, ¡como si lo estuviera viendo! Salud, pues, y repito las gracias.

MADRID, 233.—Imprenta de Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa, calle de la Libertad, núm. 16.—Telef. 934

LOS FORASTEROS



—¿Y ese monumento?
—¿Cuál?
¡Ah! La estatua de Espartero.
—¿El torero?
—¡Qué torero!
El invicto General.

ANUNCIOS

TIT. V. FAURE.—POSTIGO S. MARTIN, 11 y 13.

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL. LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene
ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.
En provincias no se admiten por menos de seis meses.
Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Pezuelas, 4, primera izquierda

Teléfono núm. 2100

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPANÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES

ACREDITADOS CAFES
28 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR
LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
en la Exposición Universal de Paris de 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARIS
Depósito general. . . . Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal. Montera, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SIREGIO BELGAOS
DEBUJOS DE CIELA
FOTOGRAFIADOS DE THOMAS, LAPORTE Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.
PRECIO: TRES PESETAS.—A los librerías y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico-tomo, que se vende á los precios siguientes:
Sin encuadernar.—A los suscritores, 8 pesetas.—A los no suscritores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscritores, 10 pesetas.—A los no suscritores, 12,50.

ESPAÑA COMICA

Album de 50 cartulinas que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.